Carlos Valenzuela Solís de Ovando

Magallanes descubre Chile

-¿Por qué habéis cambiado el rumbo sin consultar con los capitanes de las naves? -pregunta, de mal modo, Juan de Cartagena que comanda el galeón San Antonio, y agrega:
-El Rey me ha nombrado Persona Conjunta y debéis actuar en forma coordinada conmigo.
-No reconozco a ninguna Persona Conjunta. Yo tengo el mando superior de la Escuadra y no tengo que dar cuenta de mis decisiones a nadie -responde secamente Hernando de Magallanes.
-¡Tenemos la misma jerarquía, señor capitán!
-¡Cuando os dirijáis a mí, debéis tratarme de capitán general!
-¡No lo haré! -grita Cartagena, en el paroxismo de su enojo.
Magallanes se acerca y lo coge fuertemente del pecho. Su mano nervuda y poderosa aprieta fuertemente. Sus labios se abren sólo para decir:
-¡Daos preso! -y ordena al alguacil que lo ponga en el calabozo. Es tan grande la impresión de los capitanes y pilotos, que no atinan a reaccionar. Cartagena pide ayuda, mas la presencia del almirante es imponente y nadie osa mover un dedo. Sus ojos penetrantes van de uno a otro, desafiantes, taladrando sus cerebros, helando sus voluntades.
El rebelde es conducido al cepo. El capitán Luis de Mendoza suplica que no se le engrille en atención a su rango de noble español. Magallanes accede y lo deja en arresto bajo su cuidado.
Estos hechos suceden cuando la escuadra se encuentra aún en las costas de África. Desde que partieron de Sevilla, los capitanes españoles han demostrado su molestia de ser mandados por un portugués. Pero es

Magallanes quien ha firmado las capitulaciones con Carlos V y no dejará que le arrebaten la autoridad. Demasiado esfuerzo le ha costado montar esta empresa en la que nadie cree.
Rechazado por el rey del Portugal, ha ido a España a ofrecer sus servicios a Carlos V. En una época en que todos creen que América se extiende de polo a polo, Magallanes afirma que conoce un paso que comunica el Atlántico con el Pacífico, por donde se puede viajar hasta las islas de las especias navegando hacia el oeste que es dominio español. Cuando el rey lo recibe, debe exponer el Consejo de la Corona, del cual es miembro el cardenal Juan Rodríguez de Fonseca, que ha sido enemigo declarado de los viajes de Colón, Balboa y Cortés.
Magallanes hace tal disertación, que despierta el interés del Consejo con sus conocimientos y experiencia. Al final, hace entrar en la sala a su esclavo malayo y a una muchacha de Sumatra que les habla en lengua cantarina.
-Pero, ¿cómo cruzar América que llega hasta el Polo? -le preguntan.
-Conozco el paso -es la seca respuesta. La verdad es que sus estudios lo han llevado a la conclusión de que existe.
El terrible obispo Fonseca apoya el proyecto de Magallanes y el rey también. Los demás deben sumarse a la aprobación y el 22 de marzo de 1518 se firman las Capitulaciones Reales. El rey Manuel de Portugal comprende la oportunidad que ha perdido al rechazar a Magallanes, y envía a España a Álvaro da Costa. Este lleva por misión soplar en todos los oídos importantes, con el objeto de hacer fracasar la empresa. Como no obtiene éxito, es enviado un nuevo espía, Sebastián Álvarez, que constantemente crea problemas a Magallanes. Pero la voluntad de este marino es indomable, y a pesar de los inconvenientes logra montar una flota compuesta por cinco naves, que zarpa de Sevilla el 10 de agosto de 1519.
Después del conato de sublevación de Luis de Cartagena frente a las costas de África, cruzan el Atlántico y recalan en Río de Janeiro donde los indios les reciben cariñosamente y los proveen de alimentos. Magallanes advierte que está en territorio portugués y continúa al sur. Cuando llegan a la boca del Río de la Plata, no caben en sí de felicidad. Creen que es el paso que tanto han ansiado. Pierden mucho tiempo explorando antes de convencerse de que sólo es un río.
Continúan viaje y arriban a San Julián, una bahía en la que permanecen cinco meses capeando el invierno. Pero la estada allí no va a ser tranquila, pues pronto estalla un motín. El mismo Juan de Cartagena que protagonizó el incidente anterior, se une con los capitanes Gaspar de Quesada y Luis de Mendoza, y se apoderan de tres naves durante la noche. Magallanes comprende que está en terrible desventaja, al advertir que sobre las cubiertas enemigas se hallan preparados los cañones y arcabuces. Pero este hombre es excepcional, justamente porque se agranda en el peligro. Cuando cualquiera habría capitulado, Magallanes se domina, piensa, calcula serenamente. Si sólo pudiera hacerse de una de las naves rebeladas, cambiaría las condiciones. Los otros han dado el golpe de noche, al amparo de la oscuridad y mientras todos dormían. Pues bien, él lo dará a plena luz del día y cuando menos lo esperen. Mediante un zarpazo certero ejecutado por su hombre de confianza, el alguacil Gonzalo Gómez, logra apoderarse de la nave de Luis de Mendoza y cambia la situación.

Luego una andanada de arcabucería termina con la sublevación y Magallanes aplica severa justicia. Gaspar de Ahumada es decapitado y Juan de Cartagena junto al capellán Pedro Sánchez de Reina son condenados a quedar abandonados en la playa con una ración de alimentos.

Zarpan hacia el sur y el 21 de octubre divisan una larga lengua de tierra que se interna en el mar. Los barcos se aproximan, exploran y recorren su perfil. Finalmente dan la vuelta y comprenden que es un cabo. Lo bautizan con el santo del día: Cabo de Vírgenes. ¡Magallanes ha descubierto tierra chilena!

Más allá se abre una enorme bahía. Es tan grande que puede ser la entrada del estrecho que buscan. Pero no. Son ya demasiados los fracasos para hacerse falsas ilusiones; que dos naves se adelanten a reconocer el interior. Pasan cuatro días y no regresan. Deben haber naufragado. Cuando ya han perdido las esperanzas, el quinto día aparecen las velas de los exploradores. ¡Es el Estrecho!... ¡Es el Estrecho!... En ese alarido, que cunde de nave en nave, arrojan todas sus tensiones. Así sueltan sus temores, las incertidumbres y doce meses de congojas. Es el bramido que transforma el miedo en alegría y la duda en seguridad.

Después de permanecer cinco semanas en el interior del estrecho, salen al Pacífico y navegan al noroeste. Pero desaparecen los vientos y los barcos no avanzan. Los alimentos disminuyen y el agua está hedionda y podrida en los toneles. Cunde la debilidad y los marineros se arrastran desfallecidos y moribundos.

Cuando están a punto de morir, llegan a las islas Marianas donde consiguen alimentos. Prosiguen la travesía hasta que arriban a la isla Samar en Las Filipinas, y luego se traslada a Zebú, cuyo rey es civilizado y acepta someterse a la corona española. Para apoyarlo, Magallanes las emprende contra los que mandan en las islas vecinas. En una de esas acciones muere Hernando de Magallanes el 27 de abril de 1521, a los 41 años de edad.

Tras muchas alternativas, el resto de la expedición regresa en una sola nave a Sevilla, al mando de Juan Sebastián de Elcano.

¡Han dado la vuelta al mundo en tres años!

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

_____

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal** www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. www.biblioteca.org.ar/comentario

editorial del cardo